

REFERENTES TEORICOS PARA UNA INTERPRETACION DE LA VIOLENCIA EN COLOMBIA.

Ponencia presentada en el Seminario CIENCIA Y VIOLENCIA.

INSTITUTO NACIONAL DE MEDICINA LEGAL Y CIENCIAS FORENSES.

Bogotá, Abril 9 de 1996.

Fernando Cubides (*).

Profesor Universidad Nacional

CONSIDERACIONES PRELIMINARES

Talvez por lo disímiles hay tres obras que podemos considerar en principio para dar cuenta del espectro en que se han movido las interpretaciones de los sociólogos cuando abordan la violencia como problema. Por la relación que guardan con los problemas del momento en que han aparecido, y por algunos de los desarrollos del problema que han logrado prever, se han conformado como obras paradigmáticas. Todas ellas de autores del siglo XX, que las formulan en tres hitos históricos, cruciales para el mismo: los albores de la primera guerra mundial y de la revolución bolchevique, los de la crisis europea que precede a la segunda guerra mundial, y , por fin, aquellos más recientes en que estando vigente la guerra fría, era ya incontrastable la crisis del Estado-nacion como modelo político, y apuntaba la globalización.

Nos referimos, respectivamente, al francés Georges Sorel (Reflexiones sobre la Violencia, 1907), al alemán Carl Schmitt (El concepto de lo político, 1932) y a la norteamericana Hannah Arendt (Sobre la Violencia, 1970)

Al recapitular la propia historia de la sociología como rama de conocimiento en Colombia, desde sus versiones incipientes, hasta su inauguración como una disciplina profesional, nos damos cuenta que tiene que ver, ante todo, con la utilidad que se le atribuye en la explicación de ese problema acuciante, la violencia, y en las consiguientes, o eventuales, soluciones que pueda ofrecer.

Y no es ningún hallazgo, ni ninguna irreverencia, la comprobación de que su esfuerzo analítico y explicativo, las precarias predicciones que formula, han sido rebasadas por el desarrollo posterior de los hechos. Cuando ofrecían las conclusiones de su trabajo ya clásico, La Violencia en Colombia, los precursores de la enseñanza profesional de la sociología en nuestro país, eran moderadamente optimistas al considerar cerrado un capí-

 (*) El autor agradece la revisión y las anotaciones críticas hechas al texto por la estudiante Angela Margoth Bacca de la carrera de Sociología. Apareció como artículo en la Revista **CARIBABARE** Año 8, N°. 8, Yopal, Noviembre de 1997.

tulo, e irrepetible el fenómeno en la intensidad con que se había manifestado en esa época. Contribuyeron como el que más a la periodización que luego los historiadores, y el lenguaje común consagrarían con el apelativo genérico: la Violencia, dando por sentado que se trata de lo acontecido entre 1948 y 1957.-

En el plano teórico, sin excesiva simplificación, puede decirse que han sido dos las corrientes principales de la interpretación: los autores y teorías que la consideran inherente al conflicto, y bajo ciertas condiciones funcional pues induce el cambio, y aquellos que utilizan la analogía de la enfermedad de los organismos vivos para calificarla, considerándola endémica y disfuncional. Por último aunque de modo subsidiario también podemos encontrar a quienes la consideran irracional por definición, y al no acertar a dar explicaciones acerca de su causalidad, concluyen por ende que es impredecible.

En todo caso, como veremos, la endeblez de las explicaciones que se han construido por parte de los investigadores colombianos, no podría atribuirse a negligencia para estudiar teorías o asimilar métodos, o a falta de actualización en los que se adoptan. Una breve recapitulación nos lo puede demostrar.

Sin duda el más representativo de los primeros, y quien contribuyó de modo decisivo, para bien o para mal, a fijar la imagen pública de la sociología, fue Camilo Torres, el cura y sociólogo devenido en guerrillero. Si bien no participa, debido a una recomendación arzobispal, en el equipo que emprendió el estudio clásico que mencionamos antes, comparte casi todos los supuestos de ese trabajo, y desarrolla algunas de las conclusiones. Tras promover los estudios sobre ese período violento, y presenciar el fracaso de muchos de los proyectos reformistas en que se empeña como miembro de la junta del INCORA y como uno de los que diseñan el modelo de organización popular para entonces novedoso, hoy la más tradicional y de mayor arraigo: las juntas de acción comunal, su acción, simbolizará a la escala más universal el papel de la violencia en la vida colombiana.

En su escrito "La violencia y los cambios socioculturales en las áreas rurales colombianas" la principal conclusión a la que llega es ya un preanuncio que se propone abandonar la postura del analista, y a abrazar una causa y una forma de lucha que convierte a la violencia en su instrumento principal, convencido de su capacidad creadora:

"La violencia ha constituido para Colombia el cambio socio-cultural más importante en las áreas campesinas desde la conquista efectuada por los españoles" ¹

La polémica que produjo la publicación de aquel texto mencionado arriba, pues parecía reeditar el juicio de responsabilidades históricas en un momento en que la amnistía y el olvido eran la terapia recomendada y parecían estar surtiendo efecto, fue enorme. Ello, junto con la intempestiva decisión de Camilo y su muerte, casi inmediata, por momentos justificaron la asociación simple que se produjo luego entre sociología y subversión, y llegan a suscitar una interrupción en el interés por el estudio de la violencia, que solo va a ser subsanada por el trabajo de varios investigadores extranjeros. Durante varios años, la mayoría de los sociólogos colombianos, en particular los que continúan trabajando en el Departamento de Sociología al que perteneció, el de la Universidad Nacional, se fugan hacia la erudición sobre otros aspectos por considerar estériles los esfuerzos por explicar lo que es, en sí mismo, irracional. Acumulan entonces "*conocimientos cada día más detallados de temas cada día más reducidos, practicando así una pseudoerudición que destruye su objeto*" como dice Hannah Arendt, y dicho sea esto con sentido autocrítico.

En los actores sociales colombianos, en quienes practican la violencia y tratan de justificarla retrospectivamente, puede hallarse un abanico semejante al que encontramos en la teoría: los remotos discípulos de Marx y de Sorel que han elevado la violencia a mito creador y la consideran como una vía al cambio; luego, quienes de modo reactivo la consideran solo un episodio, un esfuerzo último para restablecer el orden; y en fin, a quienes, inermes e impotentes, dada la proliferación de hechos violentos, la amalgama de distintos tipos de violencia, la rutinización, y el desgaste de la sensibilidad hacia ellos que va produciendo la forma en que se comunican y en que se sobrepasan las explicaciones construidas, van cayendo en la apatía y en la indiferencia, que solo una mayor gravedad, o una mayor espectacularidad, pueden conmovier.

Hay un elemento teórico común en la generación de los primeros estudiosos de la violencia en Colombia: procuran adaptar el concepto de conflicto a una sociedad básicamente rural, examinan la contraposición y la dinámica entre lo rural y lo urbano y en todo caso son conscientes de la sutil gradación que hay del conflicto a la violencia. **En otras palabras no consideran la violencia inherente al conflicto en las sociedades, sino más bien un caso límite.** No podría atribuírseles servilismo, literalidad o falta de sentido

¹ Camilo Torres: "La Violencia y los cambios socioculturales en las áreas rurales colombianas" en *Once ensayos sobre la violencia*, Editorial CEREC- Centro Gaitán, Bogotá, 1985, p.115.

crítico al usar los enfoques teóricos.

El capítulo de mayor vuelo teórico del libro La Violencia en Colombia, aquel en el que se sopesan las distintas causas estudiadas y se procura una síntesis, hace gala de un moderado eclecticismo al combinar los conceptos estructural-funcionalistas, con las teorías del conflicto y los valores sociales.²

Los conceptos de **estructura y función**, que en un principio surgen como esquemas metafóricos en la biología, y que autores fundamentales como Claude Bernard, adoptan tomándolos de la vida social para concebir el organismo como una sociedad y romper con una representación puramente tecnológica del cuerpo, son retomados luego por las Ciencias sociales, no siempre advirtiendo las ambigüedades de la analogía en que se basan. En términos simples, la sociedad es entendida como una estructura, como un conjunto de partes relacionadas, cada una de las cuales desempeña una función importante para la subsistencia del conjunto, y en tanto que se registran desajustes o disfunciones, entraría en vigor, según el principio de la homeóstasis, un sustituto funcional. En los desarrollos de tal concepción llega a diferenciarse entre unas funciones **manifiestas** y unas funciones **latentes**.

Cuando comienza a aplicarse el esquema estructural funcionalista al estudio de la violencia a fines de la década de los 50, la multiplicidad de hechos violentos, la diversidad y la virulencia con la que se manifiestan desafían la capacidad explicativa del enfoque adoptado. Tras enumerar y sopesar las manifestaciones de la violencia, el sociólogo encargado del análisis se muestra abrumado por lo que él denomina "**una impresionante acumulación de disfunciones en todas las instituciones fundamentales**", lo que lo conduce a innovar la teoría de la que partió, "con base en la evidencia colombiana" acuñando el concepto de "agrietamiento estructural" y, en fin, a apartarse gradualmente del estructural-funcionalismo (que le había sido útil para la descripción y el análisis, pero que muestra sus limitaciones a la hora de sintetizar el problema en busca de una relación de causalidad) acogiendo entonces las versiones más novedosas para la época de la teoría de los conflictos, y concluyendo que

*"Lo que se ha dado en llamar genéricamente como "violencia" en Colombia (...) puede interpretarse como la manifestación de un tipo de conflicto, como un síntoma de una revolución social y política"*³

² Se titula: "El conflicto, la violencia y la estructura social colombiana".

³ La violencia en Colombia, Germán Guzmán Campos, Orlando Fals

Pero para acotar en seguida:

"la verdadera revolución social se frustró en Colombia por haber pasado el conflicto incontrolado a la etapa plena agitando las pasiones primarias sin inflamar el intelecto y la razón"⁴

La abundancia de los adjetivos calificativos en la última parte del estudio hoy nos parece un claro síntoma de la perplejidad en que se encuentran los investigadores, así como el hecho de que coincidan a plenitud con la interpretación que hace del proceso el principal dirigente político de ese momento, Alberto Lleras, al describir

"con estupor cómo había una reserva de barbarie en nuestras gentes que desafiaban siglos enteros de predicación cristiana, de orden civil, de convivencia avanzada."

El estupor no impide hacer al final algunas cautas predicciones, cuidándose eso sí de incurrir en la tentación del profetismo. El tono es el de que lo más intenso y virulento quedó atrás habiéndose restablecido un principio de orden y conjurado el peligro de disolución del tejido social:

"A pesar de todo, la lucha y los sufrimientos han ido conformando un país nuevo, de características aún indeterminadas, pero que va dejando atrás la escala de valores "sacro-tradicionales" y la estructura "cerrada" de la colonia. La aceleración de los contactos entre el campo y la ciudad, las invasiones locales de los extragrupos y las migraciones internas han puesto quizás las bases para una nación más integrada, una vez superado el peligro de la disolución"⁵

Un optimismo, que, siendo tan moderado y tan cauto, hoy ya no podríamos compartir a la luz de los datos: por lo menos en la percepción que se tenía que una mayor integración del país era uno de sus resultados, y que se había conjurado de modo definitivo el peligro de la disolución.

Borda y Eduardo Umaña Luna. Tomo I. Novena Edición; Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1980 p. 407.

⁴ Ibíd, p. 410.

⁵ Ibíd, p. 421.

Uno de los autores extranjeros que más ha contribuido al estudio de las modalidades de mayor virulencia en el conflicto social en la Colombia contemporánea, llamaba la atención sobre que los propios investigadores colombianos continúen empleando la denominación más genérica posible, para designar el fenómeno y por extensión el período histórico en el que transcurre: LA VIOLENCIA; la misma, por cierto, que empleaban los protagonistas. ¿Qué puede estar significando que hayamos acogido como la denominación adecuada a una que tras su apariencia de neutralidad, tras esa enunciación genérica, puede conducir a una elusión de responsabilidades concretas, puede contribuir a oscurecer el análisis de los factores concretos que intervienen en el desencadenamiento de los conflictos sociales?

La violencia, genéricamente enunciada, sería entonces una "amalgama inextricable"- cito a Daniel Pécaut, el colombianista francés antes mencionado-" una noche oscura en la cual todos los gatos son pardos"; siendo un término al cual todavía nos acogemos habría que pensar de la manera más retrospectiva e introspectiva por qué. Por qué incluso la continuamos utilizando para designar a los investigadores sobre el tema, y la incorporamos en el rótulo de "violentólogo" conscientes de que en un principio tuvo una intención irónica, que era un barbarismo destinado a irritar a los puristas del idioma.

Es bien sabido que la sociología y los estudios sobre la violencia se inauguran en un momento en el que había una especie de matrimonio bien avenido entre algunos organismos gubernamentales y los practicantes de la disciplina. Un feliz cuarto de hora inicial fue el que hizo posible que los fundadores de la sociología como disciplina académica se organizaran a la vez como comisión **oficial** de estudios sobre la violencia. También es sabido que uno de los primeros efectos de la publicación del trabajo fué un divorcio abrupto entre la sociología y la política gubernamental de la hora pues la primera, con su pretensión de objetividad, con el esfuerzo por establecer una causalidad inicial entre la estructura social colombiana del período y el fenómeno que estudiaban, lo que los "violentólogos" de la primera generación terminaron haciendo- sin proponérselo desde luego- fue una reedición de los juicios de responsabilidad, de las recriminaciones partidistas, juicios de responsabilidades concretas. Su trabajo por momentos pareció del todo impertinente, y por ende apartarse de la recomendación gubernamental que tanto hincapié hacía en el olvido, en el perdón y olvido del evangelio.

Un conflicto que hoy se nos antoja inevitable, entre otras por las características del trabajo de los investigadores de entonces, lo descarnado de las descripciones en que se basan (la mayor objetividad posible según los cánones de la época consistía en preceder el análisis de la descripción mas minuciosa acorde con las posibilidades del investigador).

LOGROS Y LIMITACIONES DE LOS PRIMEROS ESTUDIOS

En todo caso la decisión intempestiva de Camilo Torres, la modalidad de violencia que practica la organización guerrillera en cuyas filas muere, el simbolismo que adquiere su muerte, quieren ser una refutación práctica de tales conclusiones. La vehemencia de su mensaje según el cual "las vías legales están agotadas" y lo sistemático y selectivo del género de violencia al que apela, nos hacen retroceder al mito soreliano de la violencia creadora, de la violencia como un instrumento para transformar estructuras económicas de explotación, a la vez que para inducir una radical sustitución de los valores imperantes en la esfera de la cultura, esto es como la cura de la decadencia de la civilización occidental. Desde luego que Sorel es un autor que Camilo Torres apenas menciona una vez, pero trataremos de mostrar enseguida que no se trata de una conexión arbitraria.

Habiendo recibido su formación en una escuela europea de Sociología, la de la Universidad de Lovaina, los autores y teorías en que se forma Camilo se ubican ante todo en la primera de las corrientes de teoría sociológica que mencionamos, la que concibe el conflicto, y su manifestación extrema, la violencia como una disfunción, lo excepcional, y lo que por ende se debe contrarrestar para evitar mayores traumatismos. En el pensamiento cristiano se advertían ya, sin embargo, nuevas corrientes, y un énfasis en la eficacia del amor y de la caridad al cual podía contribuir la sociología. En Francia y en Bélgica se presenciaba el fenómeno de los curas obreros, y las ciencias sociales en su conjunto eran entendidas como un arsenal, como un conjunto de herramientas para conseguir, con eficacia, que imperase un humanismo integral, para subsanar las brechas existentes en la distribución del ingreso. Serán las inquietudes de su cristianismo militante, una breve experiencia en una escuela de la sociología norteamericana preocupada por los problemas de la excesiva concentración urbana, y de los conflictos laborales, los que lo irán aproximando a ciertas versiones del marxismo. Un acercamiento gradual del que dan cuenta las modificaciones que introduce en su trabajo de tesis, inicialmente denominado "Aproximación estadística al estudio de la ciudad de Bogotá", que en una comunicación académica posterior enunciará con el título que hoy se conoce; **La proletarización de Bogotá**. Sus convicciones se orientan cada vez más por un celo reformista, que le lleva paulatinamente a entender al conflicto como parte fundamental y constructiva de la organización social.

En la sociología norteamericana por esas mismas fechas Lewis Coser acababa de publicar su obra The functions of social conflict (The Free Press, Glencoe, 1956) que siendo una

crítica metódica a quienes habían perdido el interés por el conflicto como una forma de socialización que redundaba en una permanente innovación y lo asimilaban sin más a la violencia y a lo anómico, dilucida con rigor analítico una valoración positiva del mismo, mostrando su carácter integrador, cohesionador de grupos y clases sociales; postula que, en últimas, un nivel de conflicto, puede ser índice de la estabilidad de una relación social. En procura de restituir el equilibrio del análisis, critica con acierto el reduccionismo de la tendencia dominante de la sociología norteamericana que consideraba que la conducta individual implicaba lo estructural, y que correlativamente, el mal funcionamiento individual implica el conflicto social. Aclarando por tanto que el conflicto no debe considerarse como una condición patológica, que altera el estado de equilibrio. De nuevo la metáfora de la medicina y de las ciencias biológicas rige una discusión importante en las Ciencias Sociales. Pero había sido precisamente la tendencia renuente a valorar de modo positivo el conflicto, el denominado estructural-funcionalismo, la que más había recurrido a la analogía médica al postular que "***el conflicto de clases es endémico en nuestro moderno tipo industrial de sociedad***", como asevera Talcott Parsons, el más representativo autor de esa orientación. Contra ella se dirige la interpretación de Coser, que se basa tanto en la lectura de un clásico de la teoría sociológica- Georg Simmel- como en el acopio de datos empíricos, particularmente del movimiento de migrantes en los Estados Unidos, que habían redundado en reformas significativas del régimen legal.

El libro de Coser fue traducido con prontitud al español (en los parámetros de la época: la versión española es de 1961) y en todo caso es uno de los autores en que los primeros estudiosos de la violencia, se apoyan, y de una manera decisiva, para dar un giro en la interpretación del problema y postular, en medio de las recriminaciones y de las dudas y suspicacias acerca de su objetividad que el conflicto social no necesariamente es la causa de la violencia, y que, aún aceptando, en gracia a discusión, que lo fuese, al lado de la muerte y la destrucción, podría haber dejado efectos positivos. En varios países de América latina, el libro de Coser contribuyó a fertilizar un campo de estudios hasta ese momento inédito, a propiciar una visión menos simplista de la vida social, y desbrozó el terreno para algunas reformas institucionales que procuraron canalizar el conflicto, entenderlo como necesario en su recurrencia, y necesitado de canales de expresión. La difusión de esta obra coincidió con una etapa de tibio reformismo en América latina y con la aclimatación de la Sociología como disciplina profesional

Como sabemos, la versión del marxismo a la que se acoge Camilo subraya el papel de la voluntad, de la eficacia organizada de un pequeño núcleo, el foco guerrillero, para desencadenar procesos que transformen las férreas determinaciones de la organización económica y de la estructura de clases. Lejos se hallan aquellas admoniciones de Engels acerca de la violencia como última posibilidad, una posibilidad que conduce a la

desmoralización de quien la aplica.⁶

MITIFICACION Y MIXTIFICACION DE LA VIOLENCIA.

Casi nadie lee hoy a Sorel. A lo asistemático de su obra se añaden inconvenientes del estilo, pletórico de circunvoluciones, de referencias tácitas a hechos pocos significativos de la coyuntura en que está escribiendo, a saber: los años inmediatamente anteriores a la primera guerra mundial. Lo que pervive de su obra es debido a algunos de sus seguidores, y sobretudo a sus críticos. La intensidad y la crueldad de la primera guerra mundial, y la significación de su epílogo, la revolución bolchevique, le otorgaron una celebridad inusitada y la aureola del profeta. A primera vista toda la cadena de hechos que entrañaban ese par de procesos históricos, corroboraban su diagnóstico acerca del fin de la era burguesa, la decadencia de Occidente, y el papel que tendría la violencia como "partera de la historia". Había acertado allí donde se mostraban claramente insuficientes las **prognosis** de la investigación académica. Contra las falsas ilusiones del progreso, se erige la violencia como un mito creador; pero la modalidad en la que está pensando Sorel es un acto insurreccional más próximo a la desobediencia civil que a la insurrección sangrienta: la huelga general. Hoy, como bien señala la pensadora Hannah Arendt, esa modalidad hace parte más bien del arsenal de los pacifistas.

En Italia encontrará Sorel lectores tan dispares como Mussolini y Gramsci; el primero de ellos reclamándose como su discípulo directo; tras su momentánea celebridad, con la caída del fascismo su obra llegará a olvidarse hasta ser desenterrada en Europa por algunos especialistas, que encuentran que, " en el campo oscuro que es la violencia", y dado lo exiguo de los estudios dedicados al problema, las reflexiones de Sorel muestran nexos sobre los que nadie había pensado, hasta él, y nadie había vuelto a pensar, después de él. En latinoamérica encontrará un difusor de primera línea en el peruano Juan Carlos Mariátegui; en un texto en el que se educarán varias generaciones de revolucionarios latinoamericanos, los Siete ensayos sobre la realidad peruana, en donde se cita profusa y aprobatoriamente a Sorel, tanto en su síntesis sobre la economía capitalista y la organización sindical, como en su concepción del mito, de la violencia como mito, y de su función creadora.

⁶ Es un pasaje sobre el cual llama la atención Hannah Arendt: "talvez sea necesaria la violencia para derribar la economía de la explotación del hombre, por desgracia, pues toda aplicación de la violencia desmoraliza al que la aplica" F. ENGELS: "La teoría de la violencia y el poder" en .AntiDühring. Editorial Grijalbo , México, 1962.

El mito soreliano al migrar a América latina se convertirá en una apelación a un género de violencia intensificada, en la justificación de la violencia como la única vía para la transformación de la sociedad, e incluso, para la creación de las condiciones del proceso revolucionario allí donde no existen. Adquirirá unas significaciones y unos efectos en los que el autor original no había pensado. Aún cuando se registran grandes variaciones en la estrategia insurreccional de estos grupos, en la base social en la que de modo preferencial buscan apoyarse, en los organigramas y en la afinidad con uno u otro centro de poder internacional, todos ellos, y de modo particular aquel que se propone seguir "por el sendero luminoso" de José Carlos Mariátegui, le asignan a la violencia el papel de mito fundacional de una nueva sociedad.

Hoy puede sostenerse, que las distintas guerrillas latinoamericanas, en su estrategia insurreccional y en el papel que le otorgan al foco guerrillero simplifican a la vez que magnifican el modelo soreliano del mito. Incluso en aquellos intelectuales europeos que, como Régis Debray, durante una etapa comparten las ilusiones de tal estrategia, y pretenden universalizar la experiencia, teorizarla, convirtiéndola en un aporte a la teoría revolucionaria, hay una explícita referencia a quienes no comparten sus ilusiones, a quienes rehúsan admitir ese papel de la violencia, como si practicaran un "mito soreliano a la inversa"⁷

El reiterado fracaso de los focos insurreccionales, de su despliegue voluntarista, las rectificaciones teóricas en que se empeñan algunos de sus antiguos auspiciadores como Debray, no incluirán una rectificación explícita de uno de los supuestos básicos de tal estrategia: el que la pobreza, sea una condición suficiente para explicar por qué nace y se reproduce la violencia organizada. Un recuento somero de los diagnósticos socioeconómicos en que las diversas guerrillas foquistas justificaron su elección de las regiones en que se implantaban en principio para irradiar su acción de máximo voluntarismo, nos lleva a comprobar que, de modo paradójico, una de las premisas con que contaban era también uno de los supuestos de las explicaciones que algunos historiadores económicos habían construido para explicarla: la pobreza genera violencia. Desde el proyecto antinsurreccional (Proyecto Camelot) hasta trabajos para el caso colombiano como el de Francisco Posada (Colombia Violencia y Subdesarrollo)

⁷ Régis Debray, "Le castrisme: la longue marche d'Amérique latine" en *Revolution dans la révolution? et autres essais*, Paris, petit collection Maspéro, 1972. Esta concepción se examina con detalle por parte del Eduardo Pizarro en su libro, recientemente aparecido *Insurgencia sin Revolución*. Tercer Mundo Editores. Sanatafé de Bogotá, 1996.

toda una gama de estudios de comienzos de los 60's habían adoptado esa causalidad elemental. Por ello no resulta desproporcionado, concluir, como lo hace Eduardo Pizarro en el libro antes citado, que cada uno de tales fracasos equivale a una falsación de dicho principio monocausal.

LA PROLIFERACION DE ENEMIGOS. EL CONCEPTO DE HOSTILIDAD ABSOLUTA

"Allí donde la jerga convierte los asuntos vivos en abstracciones, y allí donde la jerga termina compitiendo con la jerga, la gente no tiene ninguna causa. Solo tiene enemigos; únicamente los enemigos son reales. Ha sido la pesadilla de América del Sur desde la desmembración del Imperio Español"

V.S. Naipaul.

"Ahora lo único que hay es un fuego cruzado en el que nadie sabe ni porqué dispara ni porqué le disparan. No se sabe a dónde va esto, o mejor se sabe que no va para ninguna parte. Cuando hay una causa la gente está motivada para luchar y hasta morir por ella. Ahora ya no hay una causa"

Antonio Navarro Wolf

8.V.1990.

Hay un excelente artículo que compila y analiza la situación de los estudios sobre la violencia, un genuino establecimiento de su "state of art" que elaboró CARLOS MIGUEL ORTIZ, en 1992 y al que nos remitimos para lo pertinente.⁸ No podemos sin embargo eludir una referencia a las orientaciones que prevalecen en la segunda generación de investigadores sobre el problema: uno de sus aportes principales consistirá en que corrigen el sobredimensionamiento de la violencia política, se proponen clasificar y ponderar en su peso específico propio las distintas manifestaciones de ella, y en reconocer de manera nítida las diferencias empíricas y analíticas entre la violencia organizada y la violencia "espontánea".

A mi juicio una orientación teórica importante para entender la articulación de las distintas modalidades organizadas y no organizadas de la violencia, la encontramos en la obra de Carl Schmitt, uno de los autores "malditos" de la teoría política.

Su concepto de lo político, como una categoría central, de los supuestos que subyacen a

⁸ "Los Estudios sobre la violencia en Colombia 1960-1990" en Revista Universidad de Antioquia, N° 228, Abril/Junio de 1992.

toda organización, pretende ser una concepción que prescindiera de todo **a priori** moral en el examen del problema. ¿Qué consecuencias se derivan de que el Estado no consiga monopolizar, en efecto, el uso de la violencia? es uno de sus interrogantes claves al inicio de su obra. Nos llama a distinguir la sustancia de lo político, su criterio último, de su instancia, que es el Estado.

Como un corolario de su redefinición de la esencia de lo político, aparece su Teoría de la guerrilla, muy temprano, en 1962. Una descripción fenomenológica del guerrillero como soldado político, la fundamentación de un criterio para su reconocimiento, y para el reconocimiento de su significado.

Schmitt se propone superar la ecuación simple Estado = política; en su concepto si no hay Estado sin política, sí es posible concebir una política sin Estado. En la era de los Estados nacionales, se justificaba a plenitud la identificación de los conceptos de lo estatal y lo político, en dicha era se consiguió lo inverosímil (así fuere de modo intermitente, provisional) instaurar la paz en el interior, y excluir la hostilidad absoluta como un concepto del derecho. De ese período proviene la noción del derecho de gentes, la reglamentación de la guerra territorial, la fijación de sus límites.

Sin duda Schmitt ha sido el único teorizador sobre la guerrilla, que, sin ser guerrillero él mismo, ha abordado el estudio del fenómeno de la guerrilla con objetividad, a la vez que con la "energía de la pasión", como él mismo dice. Su interés por la guerrilla proviene de sus conclusiones acerca de la evolución de los Estados nacionales, en ese contexto, así fuere marginal, y aunque fracase su proyecto insurreccional, al practicar un tipo de violencia al margen de toda norma o convención, el guerrillero hace gala de un grado de hostilidad absoluta, reactualiza la distinción entre amigo y enemigo, como criterio último de lo político, y, paradójicamente, arroja luz acerca de las limitaciones del Estado, de su fracaso en monopolizar la violencia, en evitar la proliferación e intensificación del conflicto en su modalidad violenta.

La eventualidad de una guerra entre irregulares, la "guerrillerización" del conflicto- para decirlo con un barbarismo- por varios contendientes, a la que Schmitt contempla como una eventualidad teórica, que podría conducir a "la más atroz de las guerras civiles" es lo que ha tenido un alto riesgo de cumplirse en varias regiones de Colombia.

La era de las globalizaciones, sostiene este autor, es también la de la declinación de los Estados-nación, del desdibujamiento de la unidad política que contemplaban, y aún en los más exitosos de ellos en la monopolización del uso de la fuerza, tenderán a aparecer combatientes irregulares, de cualquiera de los signos ideológicos, que, al hacer gala de un

grado de hostilidad absoluta nos ilustrarán acerca de que el concepto de estado presupone el concepto de lo político. Es Schmitt el primero que saca las conclusiones acerca de lo que la declinación de los Estados nación, y de los conceptos jurídicos que tienen como fuente y como presupuesto al Estado como modelo de unidad política, puede significar. En eso consiste la validez de su teoría, y su particular pertinencia para el caso colombiano.

Producto de un largo desarrollo histórico, aún en tiempos de la guerra implacable contra el hereje entendida como una guerra justa, el precepto evangélico "Amad a vuestros enemigos", entendiéndolos como individuos y sujetos de derecho, permite la formación de un derecho para regular el conflicto bélico, de un derecho de gentes, que garantiza la no criminalización del enemigo. Es eso lo que la guerra irregular pone en cuestión.

El guerrillero, combatiente irregular por excelencia, cualquiera que sea su signo ideológico, el modelo de sociedad al que se afilie, su arraigo social, con el mero hecho de su existencia, por episódica que sea (trátese incluso de la manera irregular en que practican la violencia los funcionarios del estado para enfrentar las guerrillas organizadas en su contra) constituye la más rotunda negación del orden establecido. Por efímera que sea su existencia, pone de presente todas las disociaciones y todas las disyunciones, la no correspondencia entre sociedad y estado. Si hubo una época en que se justificaba la identificación de los conceptos de lo estatal y lo político, esa época quedó atrás, nos dice el guerrillero con su existencia; y no es simple casualidad que su surgimiento coincida con el grado de regularización, de formalización de la guerra, que sea en verdad la figura antitética de los ejércitos nacionales.

Pero si Schmitt ha contribuido como ningún otro y de la manera más incisiva a formular el problema actual de la metástasis de la irregularidad en el conflicto, de la proliferación de las formas de violencia, es en los trabajos teóricos de Hannah Arendt, donde podemos avizorar un principio de solución. Su aporte consiste en volver sobre el supuesto de que la violencia es consustancial al Estado, al ejercicio del poder. Al tiempo que postula un radical abandono de la noción del progreso, considera digno de mejor análisis ese supuesto en que han coincidido múltiples autores, Marx, Trotski, Weber: que lo que el Estado monopoliza es una forma de violencia, que la violencia es inherente al poder, su más flagrante manifestación. Al enunciado "todo estado se apoya en la violencia", considerado axiomático hasta ese momento en las Ciencias Sociales,⁹ lo

⁹ El alemán Max Weber, sin duda el sociólogo más influyente del siglo XX, tras citar aprobatoriamente al dirigente revolucionario Leon Trotski, asevera: "Si solo existieran configuraciones sociales que ignorasen el medio de la violencia **habría** desaparecido el concepto de "Estado" y se habría instaurado lo que en ese

sustituye Arendt por un enunciado que, interpretándola, podríamos formular del siguiente modo: "todo estado se apoya en la fuerza, una fuerza disuasiva, una fuerza normada por el derecho interno e internacional, que sólo en el caso límite, también regulado y elevado a norma, puede significar violencia". Una violencia que, sin embargo sólo debe ser una última instancia, y cuya aplicación ha de contar con el más amplio consenso previo.

Al empeñarse en esa distinción analítica, al deducir con rigor lógico las diferencias en los conceptos de PODER, POTENCIA, FUERZA, AUTORIDAD, y en fin, VIOLENCIA, reestablece la pensadora norteamericana el diálogo con Sorel reconociendo el aporte de sus intuiciones. Nos hace entender los efectos de esa asimetría consistente en que, si en el orden internacional el perfeccionamiento de la técnica militar significa el predominio de los medios sobre el fin de la guerra, y que, a esa escala, la violencia ha ido perdiendo atractivo, entre tanto incrementa su atractivo en las guerras periféricas y en los conflictos internos, donde quiera que no se ve afectado el orden internacional.

Al rechazar la hipótesis naturalista, la extensión simple del estudio de lo instintivo, el mecanicismo que atribuye al factor de la densidad poblacional una correlativa intensificación de la violencia, subraya Arendt el problema de la ética, la recomposición de sistema de valores como la clave de la solución. Nos enseña que el problema crucial de la ética contemporánea es ese restablecimiento de una proporcionalidad, de una correspondencia entre los medios y el fin, y que, de modo subsiguiente, mantener la autoridad, o restablecerla allí donde se ha perdido, como premisa de la gradual disminución de todas las formas de violencia, requiere de un profundo respeto, ganado y corroborado, hacia la persona que gobierna y hacia el cargo. La paulatina deslegitimación del recurso de matar, es una función política de los estados de hoy, pero sobretodo un imperativo ético de la sociedad.

Como reconociendo su propia incapacidad predictiva, o asumiendo que aunque estén basadas en sus recomendaciones las estrategias para enfrentar el problema no han surtido efecto, el interés de los sociólogos que estudian la violencia se ha ido desplazando hacia los fenómenos de **adaptación** a un contexto de violencia. Cómo la rutinización de la

sentido específico llamaríamos "anarquía". La violencia, no es naturalmente, ni el medio normal ni el único medio de que el Estado se vale, pero sí es su medio específico. Hoy, precisamente, es especialmente íntima la relación del Estado con la violencia" Cfr : Max Weber, *El político y el científico*, Alianza Editorial, Madrid, 1975, p. 83.

violencia tal como se presenta en varias regiones colombianas, los mecanismos informales que va creando la población para coexistir con ella, los efectos inerciales de la violencia preexistente, constituye el obstáculo más difícil de remover en aras de una solución por paulatina que se conciba. Sin remover ese obstáculo, esa actitud resignada, cuasi-fatalista, de grupos enteros de población ante la violencia recurrente, toda estrategia gubernamental por bien concebida y bien ejecutada que esté, estará destinada al fracaso.

Nada más imperativo entonces, para las ciencias sociales- específicamente para la sociología - "ciencia de los valores" por antonomasia- y nada más imperativo en el caso de Colombia, que una nueva reflexión sobre la ética.

Abril de 1996.-

